Prólogo

La Guerra del Eco

Algunos mundos no se rompen, no estallan en llamas, tampoco se desgarran bajo un cataclismo glorioso que quede grabado en la memoria de los dioses. No hay cielos partidos ni continentes hundiéndose en un último acto desesperado, algunos mundos simplemente… se cansan. Se cansan de resistir, se cansan de reconstruirse. se cansan de ser salvados. Dejan de sostenerse a sí mismos, como un cuerpo que, tras demasiado tiempo en pie, decide caer no por debilidad, sino por agotamiento. El multiverso no gritó cuando comenzó la guerra. No hubo explosiones visibles ni señales grandiosas que anunciaran el desastre. Ninguna profecía ardió en los cielos. Ningún dios cayó en cámara lenta desde el firmamento para advertir a los mortales, solo hubo silencio, pero no era el silencio de la calma, ni el de la espera antes de la tormenta. No era un suspiro contenido ni una tregua momentánea, era el silencio de algo que, tras resistir durante demasiado tiempo, había decidido soltar. En un punto que no pertenecía a ningún mundo, un lugar suspendido entre latidos, entre decisiones que jamás se tomaron y palabras que nunca llegaron a pronunciarse, la realidad tembló, no como una herida reciente, abierta y sangrante, sino como una cicatriz antigua que vuelve a doler cuando cambia el clima, allí flotaban fragmentos de universos, torres rotas que ya no recordaban qué defendían. Lunas partidas que reflejaban recuerdos sin dueño, escenas de vidas que nadie reclamaba, ciudades detenidas en el instante exacto en que dejaron de creer en su propio futuro, todo giraba lentamente, sin rumbo aparente, atrapado en una corriente invisible que no arrastraba materia…sino sentido, y en el centro de todo, el Eco respiró, no tenía forma fija, tampoco era luz, no era sombra, era una vibración, una repetición imperfecta del pasado, un error que había aprendido a observarse a sí mismo, durante incontables ciclos había contemplado el mismo patrón una y otra vez: mundos nacían, luchaban, se quebraban… y entonces aparecía el Juicio. Restaurados, reparados, forzados a continuar. El Eco no odiaba a Josele, lo

comprendía., porque había nacido del mismo lugar que él: de una decisión tomada demasiado tarde, cuando el daño ya había ocurrido y la salvación solo podía ser parcial. Cuando arreglar algo no significaba sanarlo, sino impedir que muriera del todo, mientras el Eco respiraba entre mundos que ya no querían despertar, Josele soñaba con el primer mundo que había salvado: Solar Fist,pero el fuego ya no ardía como antes. Las llanuras estaban frías, cubiertas de ceniza vieja que nadie se molestaba en limpiar. Los guerreros seguían entrenando… no por fe ni esperanza, sino por costumbre, como un ritual vacío que se repite porque siempre se ha repetido. El sol aún colgaba en el cielo, majestuoso, eterno, pero nadie alzaba la vista para verlo. Soñaba con la Academia que Olvida. Las risas habían regresado, sí, los pasillos estaban llenos de voces y movimiento. Pero algo en ellas sonaba mal, como si cada carcajada hubiera sido suavizada, editada, amputada de su origen, no dolía, porque el dolor había sido borrado a la fuerza, soñaba con el mar infinito, las olas rompían una y otra vez en la orilla, repitiendo el mismo patrón exacto, el mismo sonido. El mismo ritmo. Como si el océano hubiera aprendido a imitar la vida… sin sentirla, en cada sueño, la Espada del Juicio estaba allí, clavada en el suelo, inmóvil, silenciosa, y por primera vez desde que la empuñaba… no respondía. Josele despertó con el pecho ardiendo, como si hubiera corrido durante horas sin haberse movido del sitio. El aire le pesaba en los pulmones, no estaba en un mundo, no estaba entre portales. Se encontraba en el Vacío Intermedio, un refugio creado por la espada tras su último juicio. Un lugar sin cielo ni suelo, donde el tiempo avanzaba solo si él lo permitía. Un espacio diseñado para pensar…o para dudar.

—Otra vez… —murmuró Josele, pasándose una mano por el rostro.

Frente a él, la Espada del Juicio flotaba en el aire, no obedecía la gravedad, tampoco descansaba, simplemente dudaba, su filo ya no brillaba con certeza, la luz y la sombra se entrelazaban de forma inestable, como si dos voluntades opuestas tiraran de ella al mismo tiempo. Josele dio un paso al frente.

—¿Qué ocurre contigo?

La respuesta no llegó en forma de voz, llegó como visión. Vio mundos que había restaurado… y que, aun así, habían vuelto a caer. No por corrupción externa. No por intervención del Eco, sino por decisiones propias. Guerras internas, ambición disfrazada de progreso. Olvido voluntario, vio rostros que había salvado…mirándolo ahora con

reproche silencioso, no con odio, sino con cansancio, y entonces lo entendió. El Eco no estaba rompiendo los mundos, los estaba escuchando.

—No todos quieren ser salvados… —susurró, con la garganta cerrada.

La Espada vibró. No como acuerdo, sino como advertencia, en ese instante, el Vacío se rasgó, no fue un portal, fue una herida abierta a la fuerza, antinatural, violenta, una grieta que no pedía permiso a la realidad, de ella emergieron figuras envueltas en armaduras sin emblema, sin historia, sin nombre, portaban armas que no brillaban ni emitían energía, eran opacas, definitivas, el que caminaba al frente no llevaba espada, llevaba una balanza rota.

—Josele —dijo con una voz idéntica a la suya, pero vacía de duda—. Has juzgado demasiado tarde.

El corazón de Josele se detuvo, no fue una metáfora, fue un vacío real, un instante en el que su pecho olvidó cómo latir, porque ese rostro…ese cuerpo…esa postura firme, perfecta…eran suyos, la misma cicatriz leve en la ceja, la misma forma de sostener la espada, la misma mirada, pero sin vacilación, sin duda, sin culpa, era él… despojado de todo lo que lo hacía humano.

—El multiverso no necesita más restauración —continuó la figura, con una voz idéntica a la suya, pero sin grietas, —necesita finales.

No gritaba, tampoco amenazaba, sino declaraba, detrás de él, la grieta se expandía lentamente, como una herida que ya no intenta cerrarse, no rugía, tampoco devoraba con violencia, simplemente… se abría y allí, en la distancia, mundos enteros comenzaban a apagarse, sin explosiones, sin cataclismos, sin llamas que iluminaran el desastre, solo luz que se debilitaba, como velas que aceptan la oscuridad cuando el cansancio es mayor que el miedo. Josele vio océanos inmóviles, cielos que perdían color, ciudades que se detenían a mitad de un latido. No era destrucción, era rendición, la Espada del Juicio tembló entre ambos, el metal vibraba con una frecuencia inestable, atrapado entre dos voluntades que compartían origen, durante un segundo imposible, Josele sintió que la espada dudaba, por primera vez…no sabía a quién obedecer, al que quería restaurar o al que quería terminar. El silencio entre ambos no fue vacío, fue pesado, el tipo de silencio que precede a algo irreversible. y así, sin un primer golpe, sin una declaración grandiosa, sin un discurso heroico ni una risa malvada que marcara bandos…sin héroes claros,

sin villanos absolutos. Comenzó la Guerra del Eco, no como una explosión, sino como una elección que partía el multiverso en dos, no fue un estallido visible, sino una grieta silenciosa que atravesó conciencias antes que mundos, cada bando creyó estar protegiendo algo necesario, cada decisión se tomó con miedo y convicción mezclados y desde ese instante, ya no se luchaba solo por territorios, sino por el significado mismo de elegir, porque en una guerra así, la verdadera frontera no estaba entre universos, sino dentro de cada mente que debía decidir de qué lado permanecer, algunos defendían que el orden debía preservarse a cualquier costo. Otros creían que la libertad de cambiar el destino era más importante que cualquier equilibrio impuesto y entre esas dos visiones, el multiverso comenzó a tensarse como una cuerda demasiado estirada, fue entonces cuando los primeros ecos aparecieron, pequeñas distorsiones al principio, decisiones que parecían repetirse. Recuerdos que no coincidían con la realidad, como si el propio multiverso dudara de sí mismo, como si cada elección dejara una sombra… y esa sombra empezara a reclamar su lugar, nadie lo entendió al principio, pero aquello no era solo una guerra, era el inicio de algo mucho más antiguo y mientras los ecos de aquellas decisiones comenzaban a multiplicarse entre realidades, hubo algo que nadie percibió en ese primer momento, no fue un ejército, ni una fuerza que pudiera señalarse en un mapa del multiverso, fue una presencia silenciosa que despertó en los márgenes de la grieta, como si hubiera estado esperando exactamente ese instante, cada elección, cada duda, cada fractura entre mundos alimentaba su despertar y cuando el primer universo comprendió que la guerra no solo estaba cambiando el destino… ya era demasiado tarde para detener lo que había comenzado a abrir los ojos en la oscuridad, porque en una guerra como aquella, la verdadera frontera no estaba entre universos, sino dentro de cada mente obligada a elegir, algunos luchaban por preservar el equilibrio; otros por defender la libertad de cambiar el destino, entre esas dos verdades enfrentadas, el multiverso comenzó a tensarse, y las primeras señales aparecieron casi sin que nadie las comprendiera: recuerdos que no encajaban, decisiones que parecían repetirse, pequeñas grietas invisibles en la realidad, muchos pensaron que eran simples consecuencias de la guerra, pero no lo eran, eran ecos y cuando los ecos se repiten demasiado… algo termina escuchándolos, algo antiguo, paciente, que llevaba más tiempo del que cualquier universo podía recordar esperando ese momento

1

El mundo que pidió desaparecer

El portal no se abrió como los demás, no fue una herida luminosa en el aire ni un círculo perfecto de energía, fue un crujido, un desgarro torcido en la nada, como si alguien hubiese rasgado un papel húmedo con dedos nerviosos, la luz que emanaba no era cálida ni heroica: era pálida, casi enferma, y pulsaba con irregularidad, como un corazón que no encuentra el ritmo, Josele se quedó un segundo frente a aquella grieta, con la Espada del Juicio flotando a su lado, suspendida en silencio, no vibraba como antes, tampoco cantaba con la emoción de un nuevo mundo, temblaba, no como si tuviera prisa, como si tuviera miedo.

—Eso no me gusta —dijo Lian, ajustándose el sombrero con una sonrisa demasiado fácil, demasiado rápida, como un reflejo aprendido para espantar la incomodidad, —cuando una puerta suena así… es que no quiere que entres.

Josele no le respondió al instante, su mirada estaba clavada en el borde del portal: allí, donde debería haber pureza, veía un filamento oscuro, casi invisible, no era el violeta violento de la corrupción en batalla, era algo peor: un tono apagado, una sombra que parecía… resignación, como si el mismo tejido del multiverso hubiera dejado de discutir. Josele dio un paso, la grieta se ensanchó un poco, como un párpado que se abre por obligación y cuando la atravesó, no sintió caída ni viento, sintió algo más aterrador: ausencia, el aire del otro lado no estaba frío ni caliente, no estaba presente, era como respirar un lugar que olvidó para qué servía el respirar, Lian lo siguió, y el portal se cerró detrás de ellos con un suspiro seco, sin chispas, sin dramatismo, como el cierre de un libro que no se quiere volver a abrir. El mundo en el que aterrizaron era una ciudad o había sido una, las calles se extendían en líneas limpias, demasiado limpias, flanqueadas por edificios altos de piedra blanca y cristal opaco, había faroles, balcones, plazas una arquitectura pensada para la vida, para el bullicio, para el paso del tiempo, pero no había viento que moviera nada, no había pájaros, tampoco había hojas cayendo, ni había insectos, ni siquiera se escuchaba el propio eco de sus pisadas, Josele levantó la vista, el cielo era de un gris uniforme, sin nubes, sin sol,

sin luna, un lienzo vacío y aun así… había luz, una luz suave y constante que parecía venir de todas partes, como si el mundo hubiese encendido la lámpara de una habitación y luego se hubiese ido.

—¿Dónde estamos? —murmuró Josele.

La Espada del Juicio flotó a su lado y cambió apenas: su filo se volvió más tenue, como si la luz dentro de ella estuviera racionándose. Josele sintió algo en el pecho, un tirón leve, como el recuerdo de un nombre que se escapa, Lian se rascó la nuca.

—En un lugar donde el silencio paga alquiler —bromeó… pero su risa no salió completa. Se le quedó atrapada en la garganta.

Josele avanzó, entonces los vio, una fila, al final de la avenida principal, a lo lejos, docenas de personas caminaban en orden perfecto, sin correr, sin empujarse, sin hablar, como si siguieran una música que solo ellos escuchaban, sus rostros estaban… tranquilos, no felices, tampoco tristes, tranquilos como una vela que ya aceptó apagarse., y todos iban hacia el mismo lugar: una torre en el centro de la ciudad, alta, delgada, con una estructura de vidrio opaco que parecía absorber la claridad del entorno, desde su cima, descendía una bruma brillante, como un polvo de estrellas malgastadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Lian, ya sin humor.

Josele no respondió, se acercó con pasos lentos, como si temiera que un movimiento brusco rompiera algo frágil, cuando estuvieron a una distancia suficiente, pudo ver detalles, algunos caminaban descalzos, otros sostenían objetos en las manos: una foto vieja, un cuaderno, un juguete, cosas pequeñas, cosas íntimas, recuerdos con forma, una mujer abrazaba un abrigo vacío, como si le perteneciera a alguien que ya no estaba, un anciano llevaba un reloj detenido, un niño apretaba una pelota con fuerza… pero no miraba a nadie, solo avanzaban, Josele tragó saliva.

—No están asustados.

—Eso es lo raro —susurró Lian.

La Espada del Juicio volvió a temblar, Josele sintió la vibración en la muñeca, como una advertencia muda, se acercaron más, lo suficiente como para oír algo, era un murmullo, bajo, casi una oración repetida.

—…por fin… —…descansar… —…no doler…

Josele aceleró el paso y se colocó junto a la fila. Buscó un rostro que le devolviera humanidad. Encontró a una mujer joven, con el pelo recogido y ojos claros. Caminaba como quien va a una ceremonia.

—¡Oye! —dijo Josele, con cuidado, sin tocarla aún—. ¿A dónde van?

Ella lo miró como si lo reconociera… sin reconocerlo.

—A la Rendición —respondió, tranquila.

Josele frunció el ceño.

—¿La… qué?

La mujer alzó el objeto que llevaba: una pequeña caja de madera con un símbolo grabado, una espiral incompleta.

—A dejar lo que pesa.

Josele sintió un escalofrío.

—¿Quién les dijo que hicieran esto?

La mujer parpadeó, y durante un segundo su tranquilidad se resquebrajó. No por miedo. Por nostalgia. Como si hubiera recordado que existía algo antes de ese camino.

—No lo sé… —susurró la mujer —. Solo sé que… ya no quiero recordar.

Josele dio un paso adelante, bloqueándolo suavemente el paso.

—Escúchame. Esto no es normal. Lo que hay en esa torre… no es una solución. Es una trampa.

La mujer lo observó con una dulzura extraña, casi compasiva.

—Tú aún estás luchando —dijo la mujer, como quien habla de un hábito infantil—. Qué cansado debe ser.

Josele apretó la mandíbula.

—¿Cansado? Sí. Pero vivo. Y ustedes… ustedes no están eligiendo vida. Están eligiendo desaparecer.

Ella negó despacio.

—No. Elegimos paz.

Josele miró a los demás. Nadie parecía escuchar la conversación. La fila continuaba avanzando, como un río sin turbulencias.

Lian se acercó, mirándolo todo con una mezcla de curiosidad y fastidio.

—Vale, vale —dijo Lian—. ¿Y si esto es lo que quieren? No todos los mundos tienen que ser una fiesta eterna, ¿sabes?

Josele giró hacia él.

—¿Qué estás diciendo?

Lian alzó las manos, como si estuviera siendo razonable.

—Que… si ellos quieren soltarlo todo, tal vez es porque lo que tienen aquí duele. Y tú vienes con tu espada, con tu "restauración", a decirles que sigan aguantando.

Josele sintió un golpe en el estómago, no por el argumento… sino porque una parte de él entendía y eso era lo que más lo asustaba.

—La paz no puede ser vacío —dijo Josele, más para sí mismo que para Lian.

La mujer sonrió.

—Mañana no dolerá —dijo ella, y siguió avanzando.

Josele la tomó del brazo, con suavidad, pero firme, en cuanto la tocó, sintió el calor de una vida real… y al mismo tiempo, un vacío en su interior, como si a través de la piel se le escapara algo, la mujer no se resistió, solo lo miró.

—No me detengas —susurró—. Por favor.

Josele soltó su brazo como si se hubiera quemado, la Espada del Juicio emitió un pequeño destello, en ese destello, Josele vio algo: una imagen fugaz, superpuesta al mundo, como una capa escondida, vio la ciudad años atrás: voces, risas, mercados, música, vio a esa mujer corriendo por una plaza con alguien de la mano, vio un incendio, vio sombras, vio el mismo símbolo espiral apareciendo en paredes como un aviso, vio un mundo cansado, y vio algo más: no era el Eco atacando, era el Eco… ofreciendo, como una mano extendida, Josele sintió un temblor que le recorrió por toda la espalda.

—La torre… —dijo Josele con voz baja, —esa torre está absorbiendo recuerdos.

Lian miró al edificio central y entrecerró los ojos.

—Eso está claro, mira cómo brilla.

Josele avanzó hacia la torre, empujado por algo que no era valentía: era necesidad, la fila se abría ante la entrada principal, donde dos puertas de cristal opaco parecían tragarse a la gente, al cruzar el umbral, cada persona desaparecía detrás de la bruma luminosa, no salían. Josele dio un paso más. En la plaza frente a la torre, el suelo estaba cubierto de polvo brillante, no era nieve, tampoco era ceniza, parecía… memoria triturada. Josele se arrodilló y la tocó con los dedos, en cuanto el polvo rozó su piel, una imagen explotó en su mente: una risa infantil, un abrazo, un nombre pronunciado con cariño, luego se cortó., como un archivo corrupto, Josele retiró la mano con violencia, respirando agitado.

—Esto está mal.

Lian tragó saliva.

—Sí… —dijo Lian, —esto sí está mal.

Josele se puso de pie y alzó la Espada del Juicio.

—Voy a detenerlo.

La espada no respondió con el brillo habitual, no cantó, tampoco vibró con fuerza, solo… tembló, como si no quisiera, Josele apretó la empuñadura.

—Vamos, haz lo que debes.

La Espada del Juicio emitió un destello tenue, y por un instante pareció dividirse: la luz y la sombra dentro de su hoja se separaron ligeramente, como si dos voluntades discutieran, Josele sintió una punzada en la mano, una línea roja apareció en su palma, la espada lo había… herido.

Lian abrió los ojos.

—¿Qué fue eso?

Josele miró su sangre, no era un corte profundo, pero era simbólico, la espada nunca lo había lastimado.

—No quiere —dijo Josele, incrédulo.

—¿No quiere? —Lian soltó una carcajada breve, nerviosa, —genial, la espada con conciencia ahora también tiene opiniones.

Josele avanzó igual, empujó las puertas, el interior era un corredor de cristal, blanco, infinito, las paredes no reflejaban su rostro, sino… sombras de recuerdos, destellos de vidas, cada paso se sentía como caminar sobre algo sagrado y prohibido, la fila continuaba por dentro, silenciosa, avanzando hacia una sala central donde la bruma era más intensa, en el centro de esa bruma…Había una estructura suspendida, no era máquina, tampoco era altar, era una esfera de luz opaca, rodeada por anillos giratorios de símbolos, como un sistema planetario hecho de oraciones,y dentro de la esfera… se movía algo, no una criatura, sino una presencia. Josele sintió el tirón directo en el pecho, como si alguien estuviera tocando su propia memoria con dedos fríos. La voz llegó entonces, sin sonido, dentro de su mente, suave, casi cariñosa.

"No los rompo." "Los alivio."

Josele apretó los dientes.

—Tú eres el Eco.

La presencia no negó, tampoco afirmó, solo mostró, Josele vio flashes: guerras interminables, pérdidas, hambre, traiciones, vio a gente llorando hasta quedarse sin lágrimas, vio generaciones enteras naciendo para repetir los mismos errores y entonces, vio algo que lo heló: vio a un niño mirando al cielo vacío… y diciendo:

—Ojalá no existiéramos.

Josele sintió que el aire se le iba.

—No —susurró Josele, — no puedes ganar así.

"¿Ganar?". La voz parecía casi confundida. "Yo no gano." "Ellos descansan."

Josele levantó la espada, aun temblando, y canalizó toda su intención, no destruir, restaurar.

—Juicio… —susurró Josele, intentando convocar el poder que tantas veces lo había salvado.— Juicio de…

La espada vibró de nuevo, pero esta vez, el dolor fue mayor, una descarga recorrió su brazo y lo obligó a soltarla, la Espada del Juicio cayó al suelo con un sonido sordo, impropio de su naturaleza. Josele miró su mano: el corte se había abierto más, la sangre caía en gotas lentas, Lian lo miró con el rostro tenso.

—Josele… ¿qué está pasando?

Josele no apartó la vista del núcleo.

—La espada… no va a obligarlos.

La fila seguía avanzando, un hombre mayor entró en la bruma, sostuvo su reloj, lo dejó caer al suelo, el reloj se rompió… y el hombre sonrió, luego cruzó,y desapareció. Josele dio un paso desesperado hacia la bruma.

—¡Espera! —grito Josele.

Pero la bruma se cerró alrededor del hombre como agua, y cuando se disipó… el hombre no estaba, no había grito, tampoco había sangre, no había cuerpo, solo quedaba un pequeño rastro de polvo brillante en el aire, como una exhalación final. Josele sintió un nudo tan fuerte en la garganta que creyó que iba a vomitar.

—Eso… —dijo Josele con la voz quebrada, —eso es muerte.

Lian se quedó quieto y por primera vez desde que lo conocía, su sonrisa no apareció.

—No —dijo Lian, muy bajo, —es peor, porque parece… correcto.

Josele giró hacia él, furioso.

—¡No digas eso!

Lian lo miró con dureza, pero no con maldad, con sinceridad.

—¿Y si para ellos lo es?

Josele quiso responder, pero no pudo, porque la duda ya estaba en él, creciendo como una grieta. La presencia del Eco volvió a tocar su mente.

"Tú restauras," "yo termino," "ambos creemos hacer lo correcto."

Josele sintió el peso de esa frase como una piedra en el pecho y entonces ocurrió en el borde de la sala, el cristal se oscureció, apareció un símbolo que no estaba antes: una balanza partida, grabada como con fuego negro en el aire, flotando sobre la pared, el corredor tembló y una voz distinta, no del Eco, más fría, más humana dejó un mensaje sin boca.

"NO SALVES." "JUZGA."

Josele retrocedió un paso.

Lian lo miró, su rostro estaba pálido.

—Eso… —susurró Lian, —eso no son tus palabras.

Josele levantó la vista hacia el símbolo, respirando con dificultad, en ese instante, lo sintió: la Espada del Juicio, en el suelo, se fracturó levemente en el filo, no se rompió… pero una línea finísima apareció, como una cicatriz, a la vez, en el antebrazo de Josele, justo donde antes no había nada, surgió una marca: una espiral incompleta, del mismo tono apagado que el portal, como si el mundo le hubiera firmado el brazo, como si el multiverso le dijera: "Ya no eres solo restauración." Josele recogió la espada, aunque pesaba más. La bruma seguía tragándose gente, el… no pudo detenerla, no porque le faltara fuerza, porque esta vez, detenerlo significaba imponer vida a quien ya no quería vivirla, Josele apretó la mandíbula hasta sentir dolor.

—Nos vamos.

Lian abrió la boca.

—¿Qué?, —pregunto Lian con cara de asombro y a la vez con cierta incertidumbre Josele lo miró, con los ojos duros.

—Si me quedo… rompo algo que no entiendo, si lucho… quizá sea yo el monstruo, Lian miró la fila, miró la torre, miró el polvo de recuerdos en el aire y asintió, lentamente.

—Vale… —dijo Lian, —pero esto no termina aquí.

Josele sostuvo la espada con ambas manos y abrió un portal a la fuerza, arrancándolo del aire como si desgarrara tela vieja, antes de cruzar, miró una última vez a la gente, a la mujer de antes, ella lo vio desde el umbral, ya cerca de la bruma, y le dedicó una sonrisa tranquila.

—Gracias por intentarlo —dijo ella.

Se giró y desapareció, Josele cruzó el portal,la ciudad se cerró detrás de él como un recuerdo borrado, en el vacío intermedio, antes de que el silencio se asentara, Josele escuchó una última vibración en la espada, no era el Eco, tampoco era el mundo. Era… algo que venía de lejos, un juicio que se acercaba, Lian respiró hondo a su lado y habló con una voz que ya no era de broma:

—Josele… si los mundos empiezan a pedir finales… ¿qué se supone que hagamos nosotros?

Josele miró su mano herida, miró la marca en su brazo, y respondió con una verdad que no le gustó pronunciar:

—Aprender a juzgar sin salvar.

En algún lugar, en alguna grieta más profunda que todas las anteriores, algo, alguien, sonrió como si por fin escuchara las palabras correctas, no fue una sonrisa de triunfo, sino de reconocimiento, como si hubiera estado esperando ese matiz exacto, esa duda pronunciada sin miedo, como si cada conflicto anterior hubiera sido solo un ensayo para este momento. y en ese gesto invisible, el siguiente movimiento comenzó a tomar forma, no como un ataque inmediato, ni como una orden que pudiera escucharse, sino como una idea que empezó a extenderse lentamente entre realidades, una duda aquí, una decisión alterada allá, pequeñas variaciones que nadie habría considerado importantes por sí solas, pero juntas empezaban a dibujar un nuevo patrón. Uno que, si alguien hubiera podido verlo completo, habría entendido que la Guerra del Eco nunca había sido solo una guerra… sino el primer paso de algo mucho más grande, a partir de ese instante, algo imperceptible comenzó a cambiar, no fue un estruendo ni una ruptura visible en el tejido de los mundos, sino una alteración sutil en el rumbo de los acontecimientos, decisiones que parecían insignificantes empezaron a inclinar destinos enteros, y pequeñas dudas se transformaron en caminos que nadie había previsto recorrer, el multiverso siguió girando, ajeno a que una nueva voluntad acababa de entrar en el tablero, pero en silencio, entre las grietas donde nacían los ecos, las piezas ya habían empezado a moverse y aunque nadie lo sabía todavía, la Guerra del Eco estaba a punto de revelar su verdadera naturaleza. Nadie en los mundos enfrentados percibió aquel cambio en ese momento, las batallas seguían librándose, las alianzas se formaban y se rompían, y cada universo continuaba defendiendo su propia verdad, pero, más allá de la mirada de quienes luchaban, el tablero había cambiado, algo nuevo se movía entre los ecos, aprendiendo de cada decisión, de cada error, de cada victoria y cada pérdida y mientras la Guerra del Eco avanzaba, lenta e inevitable, aquella presencia comprendía cada vez mejor a los jugadores que habitaban el multiverso… preparándose, con paciencia infinita, para el momento en que tendría que revelarse.